

# Democracia y gobernabilidad: perspectivas de la izquierda, ofensiva ideológica de la derecha\*

*Beatriz Stolowicz*

## **Resumen**

Desde un enfoque teórico el artículo cuestiona la relación entre gobernabilidad y democracia –ambas equiparadas desde ópticas opuestas, una como la ofensiva ideológica de la derecha en tanto estrategia dominante, la otra como perspectiva de la izquierda–, en el panorama actual de la región latinoamericana. Analiza a la derecha explicando que finalmente es desde ésta que se definen políticas, parámetros teóricos e ideológicos, entre otros, imponiéndose con dureza frente a la incapacidad de la izquierda de presentar o confrontar alternativas. No obstante, la izquierda tendrá que recapitular sobre las tendencias actuales y buscar la o las alternativas al modelo neoliberal impuesto desde la estrategia de dominación de la derecha.

## **Abstract**

A theoretical analysis is made in this article and question the relation between "governability" and "democracy", both equiparated since opposite views; one as an ideological offensive from the right, like a dominant strategy, and the other like perspectives from the left, on the actual view of Latinamerican region. The author analyzes "the right", explaining its from the right where politics, theoretical and ideological parameters, among others, are defined, and imposed with such hardness faced to left incapacity to present alternatives. Therefore, the left must recapitulate about the present tendencies and look for alternatives against neoliberal model imposed from the right dominated strategy.

Resulta casi obvio decir que las ideas de las clases dominantes son las ideas dominantes en la sociedad. Pero no es tan común preguntarse qué tanto esas ideas dominantes condicionan la propia reflexión de la izquierda.

La posibilidad de formularse tal pregunta sólo existirá si se reconoce que el campo de las ideas, y en particular el de la teoría, es una modalidad específica de confrontación de intereses clasistas en la que hay correlaciones de fuerzas, avances, retrocesos y que también tiene una historicidad.

Estudiar a la izquierda como actor político y sujeto cognoscente, convirtiéndola en objeto de estudio, es una actividad más común desde la derecha que desde la propia izquierda.

En parte ello deviene de la difícil relación entre la izquierda y las ciencias

\* Versión corregida del trabajo presentado en el VI Encuentro del Foro de São Paulo, en San Salvador, El Salvador, del 25 al 28 de julio de 1996.

objeto de conocimiento sino como el sujeto cognoscente privilegiado, que establecía las necesidades de conocimiento en función de objetivos políticos precisos o por referentes ideológicos que, por lo regular, se consideraba que no necesitaban ser evaluados a la luz del estudio de la realidad, y en lo que los científicos sociales no tenían mucho que aportar. Las derrotas producidas por la contrarrevolución continental de los setenta y la crisis del socialismo "real" desarmaron ideológica y teóricamente a la izquierda, que se dejó influir por un cientificismo despolitizado, es decir, desconectado del problema del poder y del objetivo del cambio social. De nuevo el horizonte de conocimiento se recorta en las correlaciones de fuerzas políticas, pero ahora desfavorables a las concepciones críticas al capitalismo.

La iniciativa teórica e ideológica ha quedado fundamentalmente en el campo de la derecha con un sentido militante sorprendente, propio de quien no está dispuesto a ceder un solo espacio de su poder, después de haberlo visto peligrar.

Es la derecha la que define qué se conoce, qué se discute, dentro de qué parámetros teóricos, con qué concepción de sociedad, sin que la izquierda logre confrontarle un cuerpo ideológico y teórico propio que le permita interpretar los cambios en la sociedad con una perspectiva global, así como evaluar sus propios errores sin tener que abjurar de los objetivos que le dan sentido a su existencia.

Parte de este vacío es el que explica una hegemonía de la derecha sin parangón en este siglo, pues ha logrado imponer, como principio "científico", la noción de que la desigualdad es un motor ineludible del funcionamiento social y, por lo tanto, un objetivo explícitamente deseable, en cuanto es imprescindible para recuperar el dinamismo del sistema.

El neoliberalismo, como expresión de este capitalismo duro, no es sólo una política económica, es una estrategia global para modificar el poder relativo de las clases en función de la explotación, que supone fortalecer una dominación funcional y una refundación cultural. Como señala Perry Anderson:

fue precisamente el radicalismo, la dureza intelectual del temario neoliberal, la que le aseguró una vida tan vigorosa y una influencia tan abrumadora. (...) El maximalismo neoliberal... fue altamente funcional. Proveía un repertorio muy amplio de medidas radicales posibles, ajustables a las circunstancias. Y, al mismo tiempo, demostró el largo alcance de la ideología neoliberal, su capacidad de abarcar todos los aspectos de la sociedad y así jugar el papel de una visión verdaderamente hegemónica del mundo.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Perry Anderson, "Balance del neoliberalismo: lecciones para la izquierda", en *El Rodaballo*, Buenos Aires, diciembre de 1995, p. 12.

## ¿Quién es la derecha?

Al decir que el neoliberalismo es una estrategia capitalista de derecha, puede alegarse con justa razón que el pensamiento burgués siempre ha reivindicado la desigualdad en la defensa de la propiedad privada y que no siempre ni todo el pensamiento burgués pudo ser calificado como de derecha. Pero también debe reconocerse que los márgenes de tolerancia respecto a la distribución de la riqueza dependieron siempre de las condiciones de reproducción del sistema, de los patrones de acumulación, de los ciclos de expansión o crisis, los que permitieron bajo ciertas circunstancias el desarrollo de un pensamiento burgués con tintes más solidaristas o más redistributivos, y por lo mismo, más democráticos.

Hoy, una mayor distribución y equidad sociales son excluyentes con la acumulación y por tanto, aquellas formas de pensamiento o expresiones orgánicas que asumen la defensa del capitalismo bajo su modalidad neoliberal, pueden ser calificados, sin la menor duda, de derecha.

Sin embargo, uno de los grandes problemas del conocimiento social y de la política en América Latina hoy, es identificar quién es la derecha.

Tradicionalmente, en términos sociales se le ha asociado con las fuerzas más conservadoras vinculadas a las expresiones oligárquicas, civiles o militares, proclives a la represión y críticas de la democracia liberal. La valoración de su fuerza se situó principalmente en sus manifestaciones orgánicas en el sistema de partidos o en su influencia sobre el sistema político, desatendiendo muchas de otras expresiones de su capacidad de dirección en la sociedad. Pero, esencialmente, el criterio principal para calificar a la derecha ha sido su rechazo a la democracia.

Después de las dictaduras, las transiciones y la vuelta a los regímenes representativos complicaron la identificación de la derecha. Las fuerzas que antes atacaron las instituciones demoliberales se adhirieron al nuevo régimen. ¿Eso significó que desapareció la derecha, que fue el "triunfo del centro" como se proclamó a mediados de los años 80?

Falso. Estábamos ante la emergencia de una nueva derecha, que seguía reivindicando el modelo de reproducción capitalista excluyente. Pero que ya no apelaba a la represión como medio esencial para dominar —propia de las visiones de la derecha tradicional— sino a la negociación.

La caracterización de *nueva derecha* no alude a configuraciones orgánicas específicas distintas de las que representan los intereses dominantes. Refiere fundamentalmente a una estrategia de dominación que reconoce la posibilidad de arribar a los mismos objetivos capitalistas excluyentes por los mecanismos de negociación política, en la medida en que ésta permita controlar los conflictos sociales y políticos que atenten contra dichos objetivos.

Esta nueva derecha ha logrado hegemonizar los procesos políticos, ha impuesto una concepción de lo social, una noción de democracia, ha reformulado las concepciones de modernización y ejerce una gran influencia en el ámbito del pensamiento social, especialmente el académico. Por su perfil "democrático", ha logrado mimetizarse como el centro político, entre la derecha tradicional y la izquierda.

Aún más, su fuerza ideológica le ha permitido influir en buena medida sobre los parámetros del pensamiento de la izquierda, sobre su "agenda" temática, sobre las lógicas teóricas de interpretación y, concomitantemente, sobre sus prácticas políticas.

### **Democracia con exclusión social**

Uno de los mayores logros de la nueva derecha es haber socializado la idea de que puede desarrollarse la democracia aunque haya una profunda desigualdad social, imponiendo la noción de que existe una absoluta autonomía entre la economía y la política.

La experiencia de nuestros países parece ofrecer la evidencia empírica de que ello sería así. Primero en los periodos de transición desde las dictaduras, pues en un contexto de continuidad en las condiciones de explotación, cambia el régimen político sin haber mediado golpes o revoluciones, sino procesos de negociación (sólo con excepción de Nicaragua). Y luego, cuando llega a aseverarse que la democracia ha logrado consolidarse tras sucesivos procesos electorales, no obstante que en ese mismo periodo se ha agudizado la desigualdad y la pobreza.

Puede afirmarse, guste o no, que parte importante de la izquierda comparte estas visiones, pues obvia toda consideración sobre la relación contradictoria entre capitalismo y democracia en general, más aún tratándose del capitalismo latinoamericano; y por lo regular la izquierda no encara una discusión seria sobre el problema de la democracia que trascienda los horizontes liberales, e incluso los más conservadores.

La izquierda, en general, carece de una concepción propia de la democracia, tanto como objetivo de sociedad deseable, que como proceso político, retrocediendo notablemente sobre ciertas claridades anteriores.

Con mayor o menor capacidad analítica y política, la izquierda reconocía a la democracia como un tipo de relaciones políticas que implican y necesariamente conducen a una mayor igualdad.

\* La crítica a la "democracia burguesa" aludía precisamente a que la democracia liberal es una forma de administrar políticamente, y con legitimidad, las relaciones de explotación capitalista. Y ante ello se reivindicaba al socialismo como la

posibilidad de construir una democracia más desarrollada. Es cierto que algunos sectores que caían en reduccionismos de distinto orden no consideraban que la participación en el sistema político, bajo ciertas condiciones, pudiera ser parte de un proceso de avance político y lo rechazaban por "reformista".

La crisis de las experiencias llamadas socialistas, que dogmáticamente fueron asimiladas como la realización de la utopía, dejó sin utopía a muchos. Y con ello, la pérdida de una concepción democrática. Hoy para esos sectores no hay más democracia que la liberal.<sup>2</sup> Sin distinguir que la propia democracia liberal ha tenido distintas versiones y concreciones, se acepta, sin mayores disquisiciones, la de mayor signo conservador.

### **Contradicciones entre capitalismo y democracia**

La democracia es una forma de relación social y política que permite a los miembros de una sociedad acceder a los bienes materiales y culturales por ella generados, lo cual se logra por una capacidad decisoria mayoritaria en relación a dichos productos sociales. El capitalismo implica, en cambio, la apropiación privada de los mismos.

Las formas e intensidad de la contradicción entre la apropiación y acumulación privada de los excedentes y la distribución social de ellos es un fenómeno histórico que remite a las condiciones en que se ha dado, en cada coyuntura, la reproducción del capitalismo.

Por esa misma razón, ni tiene validez general plantear en abstracto las posibilidades de desarrollo democrático en el capitalismo, ni negarlas en lo absoluto. Sin embargo, el hecho no disuelve la contradicción.

Hay que recordar que en el capitalismo el concepto de excedente es una función del capital. Que su distribución social no es una variable independiente del problema de la acumulación. La posibilidad de que una sociedad pueda disponer socialmente de la riqueza —la que su grado de desarrollo le permita generar—, depende de relaciones políticas que no son neutras en términos de intereses sociales y que implican una confrontación clasista.

La historia del liberalismo, como proyecto político de la burguesía para legitimar políticamente la desigualdad económico-social y controlar la participación de los explotados en las decisiones públicas, ha expresado esas circunstancias y esas contradicciones.

<sup>2</sup> Podría aducirse que ello ocurre a partir de un proceso de autocrítica de ciertos sectores de izquierda respecto a las visiones de un determinismo mecanicista que impedían entender las especificidades de lo político, que sólo era concebido como fiel reflejo de lo económico. Esos errores existieron, pero reconocer la especificidad no quiere decir aceptar la autonomía del fenómeno político.

De más está decir que la historia del desarrollo capitalista no ha sido siempre compatible con los desarrollos democráticos.

Ello ha sido posible cuando, como dice Claus Offe, se dieron gradualmente dos principios mediadores: a) el estado de bienestar keynesiano en un contexto de auge económico, en que el capitalismo disponía de un margen relativamente alto para satisfacer un número considerable de demandas económicas, y b) una versión específica de democracia, en que la igualdad política y la participación de masas se hizo compatible con la economía de mercado, con conflictos de clases más atenuados, sobre la base de que la aceptación por parte de los trabajadores de las dinámicas del capital se correspondiera con la protección de niveles mínimos de vida, derechos sindicales y derechos democráticos liberales. Es decir, se trataba de un tipo específico de capitalismo capaz de coexistir con la democracia, en la medida en que la participación de las masas no ponía en riesgo el poder.<sup>3</sup>

Al margen de la discusión de si este tipo de democracia puede ser la expresión más acabada de las aspiraciones igualitarias de la izquierda, por el momento importa destacar su vulnerabilidad por su dependencia respecto a las condiciones de reproducción capitalista. La crisis del Estado de Bienestar es fundamentalmente la expresión de la contradicción entre distribución de la riqueza y tasas decrecientes de acumulación.

Que el "socialismo real" no haya resuelto muchas cuestiones democráticas, no elimina ni permite desconocer la contradicción entre capitalismo y democracia.

Si la izquierda latinoamericana cree realmente en la democracia como proceso de emancipación humana, estos no son problemas menores. El no tratarlos no solamente le cercena sus posibilidades de pensar en un cambio social para la justicia y el desarrollo de nuestras sociedades. Lo peor es que puede terminar convalidando, en nombre de "la democracia", al capitalismo más salvaje y destructivo que ha conocido nuestra región.

Y debe asumir no sólo el problema de la pobreza, sino también el de la desigualdad. Existen incluso fracciones propietarias que condenan los grados actuales de pobreza en la medida en que afectan sus propios procesos de acumulación y no porque defiendan la igualdad social como condición esencial de la democracia. Aun con una reducción de la pobreza extrema, las brechas entre los más ricos y los más pobres —que hoy en América Latina alcanzan los mayores niveles históricos por los grados de acumulación y concentración del

<sup>3</sup> Claus Offe, "Contradicciones de la democracia capitalista", en *Cuadernos Políticos*, México, ERA, núm. 34, octubre-diciembre, 1982.

capital- son un obstáculo empírico hasta para la democracia liberal, como lo reconocen algunos intelectuales orgánicos del capitalismo.<sup>4</sup>

Por ello, para las ciencias sociales del sistema, desde los años setenta, el gran desafío es la estabilidad política que garantice la dominación funcional a las estrategias capitalistas neoliberales. Máxime, cuando las polarizaciones sociales son de la magnitud de las de nuestra región. Es la época de la gobernabilidad.

### **La gobernabilidad como democracia**

La construcción de relaciones políticas que permitieran continuar y hasta profundizar el modelo neoliberal, con la suficiente legitimidad para que la dominación se estabilizara, define en esencia las estrategias de los sectores dominantes desde las "transiciones democráticas".

Si estos objetivos no fueron inmediata o absolutamente conquistados en algunos países fue, precisamente, por la existencia de fuerzas sociales y políticas con gran capacidad organizativa y de convocatoria para movilizar a las masas en pos de avances democráticos que, además de la recuperación de las libertades públicas, conquistaran mayor justicia social. Si los sectores dominantes toleraron la presión social y realizaron inicialmente algunas medidas redistributivas, ello respondió a la necesidad de ampliar su credibilidad, limpiar su imagen anteriormente asociada a los regímenes dictatoriales y legitimar al nuevo sistema político. Una vez consolidadas ciertas posiciones en materia de control social y político, sus posturas recuperaron rápidamente la coherencia clasista.<sup>5</sup>

Se impuso la lógica de "las dos transiciones". La "primera transición", que es asumida definitivamente como la *democracia posible*, suponía la reorganización del sistema político de modo tal que se pudieran controlar los conflictos que bajo los nuevos márgenes de libertades estaban o iban a estallar, dadas las condiciones de aguda polarización social. Se señalaba que una vez que se "consolidara la democracia" iba a ser posible, en otro momento indefinido, iniciar la "segunda transición" hacia una democracia económico-social. Este discurso embona con el de los economistas, en el sentido de que el pastel debe crecer primero para repartirse (como si cualquier crecimiento económico de manera espontánea produjera un "chorreo" hacia la sociedad) para lo cual se necesita estabilidad política.

Obviamente, tras el terror dictatorial, el problema de las libertades públicas, el derecho de asociación y expresión, la posibilidad de elecciones, eran urgencias

<sup>4</sup> Robert Dahl, *La democracia y sus críticos* (1989), México, Editorial Paidós, 1992.

<sup>5</sup> La experiencia de la Concertación Nacional Programática en Uruguay de 1984 a 1985, en su gestación y en su disolución, es un ejemplo claro de lo que aquí se señala.

que legitimaban de hecho este proceso. También el trauma de la represión fue explotado recurrentemente para impedir cualquier desborde social fuera de estas nuevas reglas del juego, y se chantajeó con los peligros de la presencia militar (en ningún caso derrotada en las transiciones). Este *chantaje democrático* fue evidente para conceder la amnistía a las fuerzas armadas.

Las ciencias sociales hegemónicas institucionalmente se dedicaron desde entonces a justificar "realistamente" esta nueva concepción de la política, reproduciendo con pocas diferencias las argumentaciones de Guillermo O'Donnell y Phillippe C. Schmitter en el sentido de que es decisivo que

se alcance, de algún modo, una transacción entre los intereses de clase a fin de reasegurar a la burguesía que sus derechos de propiedad no correrán peligro en un futuro inmediato, y a los trabajadores y otros grupos de asalariados que a la larga se satisfarán sus demandas de mejores remuneraciones y de justicia social. (Subrayados míos).

Para lo cual,

A la izquierda se le requiere no hacer un uso pleno de su ventaja simbólica inmediata y sacrificar, o al menos posponer por un periodo indefinido, su objetivo de una transformación que lleve a una 'democracia avanzada'.<sup>6</sup>

El modelo de democracia que se impone en América Latina corresponde a lo que Macpherson denomina "democracia pluralista de élites o de equilibrio", y que coincide en lo esencial a "poliarquía en sociedades plurales" de Robert Dahl, a la "democracia unitaria o consociativa" de Arend Lijphart o a la "democracia concordante" que analiza Gerhard Lehbruch, y que tienen su origen en la teoría estructural-funcionalista.<sup>7</sup>

En síntesis, es una estrategia para dirigir el conflicto a través de la cooperación y entendimiento entre las distintas élites, en vez de a través de la competencia y decisión de la mayoría, de tal manera de generar un espacio de mediación en donde se filtren las demandas de los distintos sectores de la sociedad,

<sup>6</sup> Guillermo O'Donnell y Phillippe C. Schmitter, *Transiciones desde un gobierno autoritario. Conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas* (1986), Buenos Aires, Paidós, vol. 4, 1991, pp. 77-78.

<sup>7</sup> C.B. Macpherson, *La democracia liberal y su época* (1982), Madrid, Alianza, colección El libro de bolsillo, 1991; Robert Dahl, *op. cit.*; Arend Lijphart, *Democracia en las sociedades plurales* (1977), México, Prisma, 1988; Gerhard Lehbruch, "Segmented Pluralism and Political Strategies in Continental Europe: Internal and External Conditions of 'Concordant Democracy'", citado en Lijphart, *op. cit.*



con el fin de disminuirlas hasta el punto en que puedan ser aceptadas por el sistema político, y satisfechas por el Estado como "políticas públicas". Igual que en la economía, el equilibrio se busca por la contracción de la demanda.

Para *vacunar* al sistema político contra las demandas económicas y sociales que el capital no puede aceptar, se requieren nuevas formas de *consenso entre élites para el control político de las masas*.<sup>8</sup>

Una de las principales funciones de las élites es determinar qué tipos de temas, reivindicaciones y demandas está permitido incluir en el orden del día del funcionamiento del sistema político, determinando los límites de la política en contenidos y procedimientos. Para que las élites puedan construir dichos consensos, naturalmente deberán ser "prudentes" y "moderadas". Muy "racionales", lo que vale decir que socialicen la racionalidad del sistema, compartiendo estilos políticos, prebendas y cuotas de cargos según la representación parlamentaria. Todo lo que no se ajuste a esas reglas del juego, obviamente, es "antidemocrático". Y si las presiones desbordadas del control obstaculizan las decisiones, sobreviene el "bloqueo". Los actores sociales no alineados serán los responsables del "inmovilismo".

Paradójicamente, debido a la fuerza electoral que adquirió la izquierda latinoamericana por representar los intereses contrarios al neoliberalismo, ha sido condicionada por estas prácticas del sistema, con una derecha que dedica todas sus energías para integrarla.

Cuanto mayores son las posibilidades de crecimiento electoral, más rápidamente observamos los deslices de la izquierda a formar parte del sistema de partidos idóneo de esta democracia elitista: *para el mercado*.

Por analogía con el falso supuesto de que el mercado capitalista es el espacio de la libre concurrencia de competidores iguales, racionales y maximizadores, se asume la política como un mercado en el que concurren consumidores (los ciudadanos) y oferentes (los partidos). Estos competirán mediante una "oferta política" que debe ser lo más amplia y desperfilada posible para atraer a un amplio espectro de consumidores (por aquello de que *las elecciones se ganan con votos*).

Porque para ganar votos y ser admitidos como *pares* en los consensos políticos hay que eliminar "todo lo que desune", el resultado ha sido una progresiva tradicionalización política de amplios sectores de la izquierda, muy

<sup>8</sup> Como señala Lijphart, la estabilidad política se obtiene por mecanismos de integración sistémica en los que "el consenso se busca no en el nivel de abajo sino en el nivel de liderazgo al enlistar el apoyo de personalidades claves de todos los grupos sociales más importantes", en *op. cit.*, p. 140.

aplaudida por la derecha.<sup>9</sup> Lo que ha facilitado la concreción del llamado "partido transversal": una alianza horizontal entre todos los partidos del sistema.<sup>10</sup>

Y, como al decir de Macpherson,

El papel de los votantes no es el de decidir cuestiones políticas, y después elegir representantes que pongan en práctica esas decisiones; es, más bien, el de elegir a los hombres que adoptarán las decisiones.(...) Naturalmente, quienes compiten son los políticos. La función de los ciudadanos se limita a escoger entre grupos de políticos periódicamente, en el momento de las elecciones.<sup>11</sup>

Una consecuencia natural de ello es la progresiva disminución de la participación política de las masas. Aún más, en muchos casos parece una decisión deliberada de algunas dirigencias de izquierda. En parte, porque le asignan más importancia y tiempo a las políticas de concertación que a la organización de sus bases, lo que previene además de que la participación de masas pueda desbordarse y no corresponder a las reglas del juego, que recordemos, han sido establecidas por la derecha.

Y por esta misma lógica del mercado político, el requisito más importante de la "competencia" será la reforma electoral. Que no obstante ser necesaria en todos los países para modificar las perversas ingenierías electorales que favorecen siempre a los partidos tradicionales del sistema, se sobredimensiona como objetivo político respecto a los otros requisitos fundamentales que garantizan la equidad de los procesos electorales: una ciudadanía capaz de informarse, de optar, decidir y controlar, imposible de lograrse con los niveles de exclusión y marginación social que existen en la región.

<sup>9</sup> Véase la argumentación de Daniel Gianelli, citando a Methol Ferré en el artículo "Los nuevos escenarios. En el segundo relevo democrático" (VIII), en el que convoca al Frente Amplio de Uruguay a dejar de ser "una comunidad de sangre [para convertirse en un] partido político [porque] la sola comunidad de sangre es sólo capaz de explosiones emocionales, no de racionalidad política.", en *Búsqueda*, Montevideo, 2 de febrero, 1995, p. 4.

<sup>10</sup> El caso más ilustrativo es la Concertación de Chile, integrada por el Partido Socialista, el Partido por la Democracia, la Democracia Cristiana y el Partido Radical Socialdemócrata, cuyo transversalismo alcanza incluso a Renovación Nacional, ese desprendimiento "renovado" del pinochetismo tradicional. Todos ellos, entonces, constituirían el "centro-izquierda"; el Partido Comunista sería la "extrema izquierda" y la Unión Democrática Independiente la derecha (sin "extrema"). Véase "Enrique Correa insiste en Partido Transversal" (entrevista), en *El Mercurio Internacional*, Santiago, 30 de mayo, 1996, p. 4. También se encuentran claros síntomas transversalistas en numerosas fracciones del Partido de la Revolución Democrática de México.

<sup>11</sup> C.B. Macpherson, *op. cit.*, pp. 96-97.

El pluralismo que reconoce este modelo democrático es otra de las grandes mentiras, pues alude a una sociedad donde cada individuo establece relaciones diversas sin un orden de poder jerarquizado porque "todos" están en el mercado formulando demandas, y sólo reconoce las diferencias "sectoriales" de carácter religioso, lingüístico, cultural, étnico, regional o de género, olvidando incluso que, históricamente, éstas han sido catalizadas por indudables intereses económicos. Las contradicciones entre trabajo y capital no forman parte del universo pluralista a considerar. Sólo aquellas que podrían atenuarse por la voluntad de las élites.

Bajo las condiciones señaladas, la democracia deja de ser amenazante para el capitalismo. Pero ¿puede llamársele realmente democracia?

Los teóricos de este modelo político ni siquiera lo reconocen como democracia integral para sociedades completamente distintas a las nuestras, en las que las diferencias económicas y sociales no son tan categóricas como para negar a la mayoría de la población las capacidades mínimas para ejercer la ciudadanía. En común con la democracia, le reconocen a este modelo un conjunto de atributos institucionales (funcionarios electos, elecciones libres e imparciales, sufragio inclusivo, derecho a ocupar cargos públicos, libertad de expresión, variedad de fuentes de información y autonomía asociativa). Y que sólo puede funcionar si además del prerrequisito de una equidad social mínima, tuviera el otro de una suficiente soberanía nacional; entonces sería lo más parecido a la democracia.<sup>12</sup>

Obviamente, no estamos hablando de América Latina, en donde además de las desigualdades señaladas, la soberanía es cada vez más una palabra hueca en tanto que las decisiones más importantes que afectan a más gente son tomadas fuera de los países o entre los grandes grupos económicos transnacionalizados y la cúpula estatal, siendo éstos, actores políticos mucho más importantes que los que negocian en las concertaciones del sistema político.

Este es un modelo de gobernabilidad. La gobernabilidad es en esencia el resultado de lograr la obediencia de los gobernados para que un gobierno gobierne con eficacia —que se mide por el cumplimiento de sus propios objetivos y no como un absoluto— y eventualmente, con legitimidad. Un régimen dictatorial, vía el terror, también puede hacer a la sociedad gobernable.

La estabilidad política no garantiza el desarrollo democrático. Puede, incluso, ser antagónica a él. No es igual la estabilidad de un sistema político por la vía de impedir que la mayoría de la sociedad decida sobre su destino, que la estabilidad de un sistema político que expresa y procesa adecuadamente las decisiones mayoritarias.

<sup>12</sup> Cfr. Robert Dahl, *op. cit.*, pp. 266-267.

En la naturaleza de estas decisiones mayoritarias está el nódulo de las contradicciones entre democracia y capitalismo, especialmente en la versión neoliberal del capitalismo latinoamericano, para el que *cualquier avance democratizador es un factor de ingobernabilidad*. Ya desde mediados de los setenta la *Comisión Trilateral* señalaba que:

El corazón del problema radica en las contradicciones inherentes relacionadas a la misma frase de 'lo gobernable de la democracia'. Porque en cierta medida, gobernable y democracia son conceptos en conflicto. Un exceso de democracia significa un déficit en la gobernabilidad; una gobernabilidad fácil sugiere una democracia deficiente.<sup>13</sup>

La clave de esta contradicción es que las lógicas de la democracia y de la gobernabilidad no son similares: la democrática presume que lo económico es materia de negociación y de decisiones mayoritarias en función de una mayor igualdad social; la lógica de la gobernabilidad, por el contrario, busca la estabilidad del sistema tomando la realidad económica como un dato que no se modifica y se debe preservar, para lo cual enfatiza en los mecanismos de control.

Por ello, la gobernabilidad no es sólo una cuestión de eficacia y legitimidad institucional, como se le presenta, sino eficacia de control en todos los ámbitos de la vida social que pueden comprometer la dominación. Los indudables logros del sistema en materia de mediaciones políticas e ideológicas legitimantes se han sustentado en las propias transformaciones económico-sociales y sus efectos disgregadores, como factores fundamentales de gobernabilidad. Particularmente, las nuevas relaciones entre capital y trabajo, que no sólo han fortalecido económicamente al capital sino que han incidido en los comportamientos sociales y políticos de los explotados.

La liberación de todas las trabas sociales que las luchas populares le impusieron al capital (mal llamada "flexibilización laboral"), el desempleo y las crecientes masas de explotados que desarrollan formas alternativas de sobrevivencia, estimulan la competencia entre los propios trabajadores y generan niveles de inseguridad de tal magnitud que los orilla a aceptar la desvalorización de su fuerza de trabajo y su subordinación al capital para conservar la fuente de empleo. Así, se generan conductas individualistas y conservadoras en los conglomerados populares que reducen la emergencia de acciones colectivas y la capacidad de cuestionamientos reales al orden de desigualdad. Lo cual origina regresiones en

<sup>13</sup> Informe de la Comisión Trilateral, *La gobernabilidad de la democracia*, México, CIDE, Cuadernos Semestrales, núms. 2-3, 1977-1978, p. 385.

sus experiencias y grados de conciencia clasista y una creciente marginalidad política. Por su parte, las capas medias pauperizadas, desplazadas de la actividad estatal y sin posibilidades de reinserción laboral, sufren profundos desajustes psicológicos y tendencias al ostracismo.

La miseria creciente y la descomposición social son también factores de gobernabilidad, porque además de producir apatía política, en la medida en que incrementan las conductas delictivas de los pobres y con ello la percepción de inseguridad, hacen a la sociedad más proclive a formas de privatización de las acciones coercitivas y más permisiva con las prácticas autoritarias.

Lo que algunos análisis identifican como la emergencia de una "nueva sociedad civil", e incluso como un signo de pluralismo democrático, como son algunas manifestaciones étnicas, religiosas, generacionales o de género, entre otras, aunque se les tolera una mayor expresividad que a las de tipo clasista, son también controladas o funcionalizadas en un sentido de gobernabilidad. Se les busca aislar como particularismos, explotando su especificidad para impedir que se articulen en una noción de lo popular, dándoles un tratamiento diferenciado que va desde cooptaciones y programas focalizados de corte clientelístico, hasta represiones abiertas. Como resultado, se profundizan las competencias por espacios y acceso a bienes y servicios; y las manifestaciones gregarias (comunitarias, barriales, etcétera) se utilizan para modificar su sentido, subordinándolas a prácticas clientelísticas y control corporativo.

Así, los cambios económico-sociales y las transformaciones en las conductas sociales y políticas reconocen, como condición y efecto, una verdadera refundación valórica. Ella está orientada a reforzar la sumisión, la resignación, el egoísmo y la pasividad, bajo una noción de modernización que sustituye los valores esenciales de la realización humana por la competencia fagocitaria y un efficientismo vacío de contenidos sociales. La omnipresencia neoliberal opera en la destrucción de la voluntad transformadora, bajo el peso de un cortoplacismo temeroso ante el futuro incierto, que se convierte en pragmatismo. Estas transformaciones valóricas se realizan también mediante un intenso control sobre los ámbitos de producción ideológica e intelectual, mediante decisiones institucionales autoritarias o por un reforzamiento de la autocensura de toda forma de pensamiento crítico, rendido muchas veces ante políticas de cooptación que ofrecen expectativas de acceso a pequeños privilegios (comparados con los que reciben los beneficiarios directos del modelo).

Todas estas transformaciones y manipulaciones de las vivencias sociales, que conducen a la renuncia a todo empeño colectivo por ejercer presiones, que reducen las aspiraciones y demandas a sus mínimas expresiones, es decir, que producen gobernabilidad, tienen, como uno de los efectos visibles, la legitimación de la pobreza.

Esta es la ciudadanía de la democracia latinoamericana. Una "ciudadanía de baja intensidad", como ha dicho Francisco Weffort,<sup>14</sup> cuya *autonomía personal*, como atributo esencial y su razón de existencia –según el propio Dahl– está, para millones de latinoamericanos, en su mínima expresión. Pobre ornamento para un sistema político que se pretenda democrático, pero de consistente utilidad si deja las manos libres para institucionalizar los privilegios de las minorías.

### Los signos críticos y las interpretaciones

Basta abrir un periódico o salir a la calle para saber que el sistema político "democrático" en América Latina muestra signos críticos. Los signos más visibles son las variadas y a veces explosivas manifestaciones populares; la crisis de credibilidad de la política institucionalizada y de sus principales actores; el conflicto a veces gangsteril entre grupos dominantes; el uso patrimonial, oportunista y corrupto del Estado por parte de la clase política que "reforma" el Estado, más bien lo remata, para repartir las empresas públicas con sus socios, y que es de un servilismo vergonzante con sus patrones financieros; toda esta delincuencia "de arriba" se refleja en una anomia generalizada, que llega en algunos países a verdaderas descomposiciones sociales.

Porque, paradójicamente –o producto de una razonable dialéctica– dentro de ciertos límites el neoliberalismo es un factor de gobernabilidad, pero conforme ella libera a los peores demonios de un capitalismo especulador y salvajemente explotador, la propia gobernabilidad se agota. Y la derecha rápidamente se desembaraza de sus *renovaciones*, no hay que olvidarlo.

Es realmente sorprendente la confluencia de análisis y reacciones que provocan los síntomas de ingobernabilidad, razón adicional para afirmar la tremenda capacidad hegemónica de la nueva derecha.

No es raro que los sectores dominantes empuen todo su esfuerzo discursivo de la gobernabilidad para reivindicar el actual orden social y que apelen a la represión abierta cuando la ideología no funciona, militarizando la política, creando legislaciones autoritarias,<sup>15</sup> concentrando el poder en el Ejecutivo.

Tampoco es raro que hayan logrado el apoyo de los que se autocalifican como la "izquierda renovada" o "centroizquierda", pues en realidad estos sectores defienden este modelo político porque ideológicamente han aceptado la inevitabilidad y hasta conveniencia del neoliberalismo como alternativa de "desarro-

1997, 2003, 2004, 2005, 2006, 2007, 2008, 2009, 2010, 2011, 2012, 2013, 2014, 2015, 2016, 2017, 2018, 2019, 2020, 2021, 2022, 2023, 2024, 2025

<sup>14</sup> Francisco Weffort, *Qual democracia?*, São Paulo, Editora Schwartz, 1992.

<sup>15</sup> El ejemplo más palpable es la imputabilidad juvenil y las leyes de seguridad pública, una variante de la concepción de seguridad nacional.

llo", y han terminado por convencerse de la necesidad de aislar los intereses populares que obstaculizan el funcionamiento del modelo.

Pero también han confluído tácitamente otros sectores que siguen considerándose de izquierda, que mantienen sus posturas críticas hacia el neoliberalismo y que realmente tienen aspiraciones de justicia social. Pero que comparten el discurso de la gobernabilidad bajo la lógica de que es posible un incrementalismo democrático desde el propio sistema, bajo sus reglas del juego.

Se habla de la "crisis de la política" y desde hace algunos años la explicación fue buscada en la apatía o desafección política, interpretada como efectos de la posmodernidad, de la privatización de la vida social.

Pero cuando esa supuesta apatía se manifestó como una crítica abierta a los políticos, a los partidos y al parlamento, fueron éstos los primeros en reaccionar, sin importar el signo político, para advertir a la sociedad de los "peligros" que entraña expresarse por fuera o en contra del sistema representativo ("delegalismo", "plebiscitarismo").<sup>16</sup>

El fantasma del presente es el llamado *corporativismo*, utilizado con suficiente imprecisión y laxitud como para calificar así a cualquier expresión social organizada que ejerza algún tipo de presión, circunstancial o más permanente, acusándolo, sin ningún pudor teórico o histórico, de conducir al fascismo.

De la mano del horror corporativo aparece el *populismo*, usado con igual o peor rigor, calificativo infaltable para cualquier discurso o actitud que exprese intereses populares, que formule aspiraciones que vayan más allá de los márgenes tolerados —que son el rasero del realismo— y tenga la mala costumbre de "politizarlo todo", hasta la pobreza. Y por las dudas se advierte sobre posibles reencarnaciones del viejo populismo latinoamericano, al que hay que terminar de exorcizar, olvidando informar al ciudadano despavorido que aquel populismo fue un régimen configurado en torno a una alianza antioligárquica policlasista, bien controlada por la burguesía. (Aunque es lógico que se paren los pelos de punta al recordar que la alianza supuso mecanismos de distribución del ingreso que bien valen algunas nostalgias).

En definitiva, la culpa de la crisis del sistema de representación es de los ciudadanos, que no aprenden a desear la democracia, y no de los partidos que están a años luz de las preocupaciones de la gente y que son, muchas veces, sus principales censores. Es preferible la apatía.

La izquierda no puede desconocer que la causa fundamental de "la crisis de la política" es la crisis de los sistemas políticos, pues —como señala Eduardo Ruiz Contardo— éstos han dejado de representar relaciones políticas nacionales, integrativas y abarcativas.

<sup>16</sup> Guillermo O'Donnell, *¿Democracia delegativa?*, Montevideo, Cuadernos del CLAEH, 1992.

Aun con distinta intensidad en los diferentes países (dependiendo de los niveles de polarización social y de las capacidades políticas populares para imponerle al Estado una mínima autonomía relativa de los intereses dominantes), en general en América Latina los sistemas políticos funcionan con una dualidad socio-política: representan y negocian intereses de una parte minoritaria de la población, y marginan y controlan los de la mayoría. De un lado negociación, y del otro, explotación y palos.

Pero no hay que confundir la crisis de los sistemas políticos con la crisis del Estado como crisis de poder. Al decir de Ruiz Contardo, para que la crisis del sistema político pueda alcanzar al Estado como expresión del poder, debe haber una capacidad de contrapoder —que hoy no existe— que ponga a temblar al modelo; que por lo demás está firmemente defendido por una fuerte alianza dominante neo-oligárquica, numéricamente pequeña pero muy poderosa, integrada por los grandes grupos económicos transnacionalizados, la clase política usufructuaria del poder, los aparatos represivos policiales y militares, las cúpulas del narcotráfico, las fracciones beneficiarias del modelo y las fracciones más conservadoras de la sociedad (entre las que se encuentran los medios de comunicación).<sup>17</sup>

Los cambios en las relaciones entre lo público y lo privado, los impactos de la globalización y las transformaciones en las funciones del Estado, por lo tanto, no han producido un "descentramiento" y pulverización de la dominación como pretenden algunos análisis pluralistas.<sup>18</sup> Tampoco los cambios en la política se explican en la dicotomía Estado-sociedad civil, pues los sectores dominantes están en ambos y en ambos deciden.

Por el contrario, el ejercicio de la dominación se ha concentrado, y porque trasciende al Estado y al propio país, es que *la negociación partidaria ya no decide sobre las cuestiones públicas fundamentales.*

Promover la gobernabilidad del sistema significa reforzar la disgregación social ante este poder. La izquierda está obligada a hacer un balance de estos años y evaluar si su mayor representación parlamentaria, si su espíritu concertante y el respeto a las reglas del juego de la derecha, han posibilitado una mejora en las condiciones de vida de los pueblos de América Latina. Por lo pronto, muchos organismos internacionales que se ocupan de la buena marcha del modelo, como el BID, han concluido que no obstante los amplios márgenes de estabilidad

<sup>17</sup> Eduardo Ruiz Contardo, "Crisis, descomposición y neo-oligarquización del sistema político en América Latina", en *Política y Cultura*, México, Departamento de Política y Cultura, UAM-Xochimilco, núm. 5, otoño, 1995.

<sup>18</sup> Norbert Lechner, "¿Por qué la política ya no es lo que fue?", en *Nexos*, México, núm. 216, diciembre, 1995.



política, el crecimiento no produjo espontáneamente el "chorreo", y por eso están preocupados por reforzar la gobernabilidad.<sup>19</sup>

Si el "incrementalismo democrático" o "gobernabilidad democrática" propone generar medidas "compensatorias" a la ciudadanía sin salirse de los requerimientos de la gobernabilidad sistémica, es decir, "sin llegar al límite de la ruptura de la racionalidad estructural",<sup>20</sup> difícilmente se puede arribar, finalmente, a la mentada "segunda transición".

Frente al poder que sostiene al neoliberalismo no bastan negociaciones partidarias cupulares. Menos aún si ellas coartan la gestación de fuerzas sociales y políticas populares que puedan modificar las correlaciones de fuerzas, lo que debe ser conquistado en cada espacio social; incluso para avanzar en una estrategia que plantee, a través de etapas capitalistas, un proceso de cambio mediante logros redistributivos paulatinos.

Si se buscan alternativas populares al neoliberalismo, ésta es una discusión ineludible. También forma parte de la reelaboración de la utopía igualitaria, democrática y de reforma intelectual y moral de la sociedad, y de la propia razón de ser de la izquierda.

<sup>19</sup> Seminario *Desafíos socioeconómicos de América Latina en los umbrales del siglo XXI: la respuesta del BID*, Washington, DC, febrero, 1996. Véase *Búsqueda*, Montevideo, núm. 835, 14 de marzo, 1996, pp. 20-21.

<sup>20</sup> Por ejemplo, Gerónimo de Sierra, "Sobre los problemas de (in)governabilidad en el proceso de desarrollo uruguayo: un enfoque sociopolítico", en *Políticas de Estado: estrategias de mediano y largo plazo. La dimensión económica y política*, Montevideo, Instituto Fernando Otorgués-Trilce, 1993.